



LA VIRGEN CON EL NIÑO EN BRAZOS, ENTRE ANGELES. — Abajo, LAS SANTAS MARTA e INES. Este cuadro, pertenece actualmente a la Colección Widener, de Filadelfia.

RISA Y SONRISA EN LA PINTURA DE "EL GRECO"

SE ha dicho que la risa pertenece al cuerpo; la sonrisa al alma. Lo cual es muy cierto. La risa es expansión física; la sonrisa, lenguaje del espíritu. La risa, estalla; la sonrisa, florece. Generalmente, la primera se origina del exterior y con ella se dicen limitadas cosas. En cambio, la sonrisa es todo un tratado de expresividad. Nace en nosotros: reímos hacia afuera; sonreímos pensando y sintiendo hacia adentro. La sonrisa trasluce la ironía, la amabilidad, la complacencia, el humor, la amargura, el dolor mismo. Es verdad que, igualmente, refleja pedantería, frivolidad, idiotez. Pero ello no demuestra sino la riqueza de matices que es capaz de servir. Aun la más estulta, puede ser un poema espiritual. Piénsese en la que el genio de Velázquez captó en el «Bobo de Coria», sintetizando en sólo ella la completa psicología de aquel inteliz y tributando así homenaje a la trascendencia de la sonrisa en la Pintura.

No hace falta recurrir a la autoridad de Leonardo de Vinci para percatarnos de que la sonrisa es, quizá, lo más difícil de acrisolar y reproducir con pinceles y colores. Es mucho más simple trazar una risa clara, rotunda, que una esbozada sonrisa, perfilando sólo en las líneas y temblores de los labios toda una gama de sutiles sentimientos.

Por eso, en general, los pintores abiertos, superficiales, realistas, suelen dominar y prodigar la risa. Así, Rubens, Jordaens, Tenniers... Contrariamente, los más amantes del alma que de los sentidos, los enamorados del fondo y del trasluz espiritual, prefieren confiar a la sonrisa la traducción del mundo interior que pretenden ofrecernos. Así, Rafael, Rembrandt, «El Greco»...

Pero ante «El Greco» lo que acabamos de afirmar falla por completo. No existe artista más interior, más afanoso de describir estados



psicológicos, más anhelante de la expresión del alma que Dominico Theotocopuli, y, sin embargo, hallar en su vasta producción una sonrisa — y más una risa — es algo menos que imposible...

¿Lo han intentado ustedes? A primera vista, les resultará desconcertante. Uno recurre a memorizar cuadros del cretense, buscando risas y sonrisas. Y pronto se convence uno de esa ausencia notable. De momento, se arguye, para explicarla, que «El Greco» fué el pintor por excelencia de la España grave, seria, filipina... En efecto, y nosotros aún agregaremos más. «El Greco» fué y será siempre el mayor plástico del dolor, que vibra, no superado, tanto en sus personajes de la Pasión, como en sus reconcentrados caballeros, o en sus torturados apóstoles, e incluso en la magia angustiada de sus toledanos paisajes.

Pero asimismo «El Greco» abordó temas risueños, donde la gracia y la alegría debían traslucirse gozosamente: Natividades, Adoraciones, Sacras Familias, retratos femeninos... ¿Por qué no sonrío Jesús en el pesebre, o los pastores alborozados, o los reyes de Oriente ante la milagrosa ternura del Niño Dios? ¿Por qué la Virgen María, en ninguna de esas maravillosas creaciones del cretense, ríe y se regocija teniendo al Infante entre los brazos, sino, más bien, perdida la mirada hacia un invisible y dramático horizonte, parece presentir ya la gloriosa amargura del Calvario? Y entre todos los personajes retratados por «El Greco», ¿no había ninguno de condición galante, liviana, risueña al menos? Tal se cree recorriendo su prodigiosa galería de psicologías. Pues ni siquiera sus damas, tan llenas de singular encanto como de misterio en torno a su verdadera realidad, ni aun la

«del armiño», ni la «de la flor», despliegan sus enigmáticos labios para dejar entrever un poco del fondo de sus corazones. Y no digamos los caballeros. Desde el iluminado de la mano al pecho hasta el adusto D. Rodrigo Vázquez; desde el ensimismado médico hasta el barroquísimo fray Hortensio Paravicino, ni uno sonrío.

Sólo un personaje entre esta pleyade soñadora y profundamente espiritual de caballeros hispanos, sale a nuestro encuentro sonriendo elegantemente, de modo casi donjuanesco. Es un joven bien parecido, delicado, que ostenta en las manos pinceles y paleta. Su sonrisa es ambigua: por un lado, parece sublimarle su propia gallardía; por otro, se rebaja con su aire de creída superioridad. Unos afirman que el retrato es de Jorge Manuel Theotocopuli, hijo natural de «El Greco», nacido en 1572. Comprenderíase entonces que Dominico

En esta página. Fragmento, a todo color, de EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ, que se conserva en la Iglesia de Santo Tomé, en Toledo. — Abajo, en negro, el famoso cuadro, que mide 4,80 por 3,60 metros y que está colocado, en la citada Iglesia, sobre la sepultura del Conde de Orgaz.

En la página anterior. SAN BERNARDINO DE SENA. Pintó este lienzo «El Greco» para la capilla dedicada a San Bernardino, en Toledo. Hoy se encuentra en el Museo de «El Greco» de la misma ciudad, y SAN ILDEFONSO ESCRIBIENDO LOORES A LA VIRGEN, pintado entre 1603 y 1605 para el Hospital de la Caridad, en Illescas (Toledo), donde se conserva



hubiese querido dar a su sonreír la primera interpretación expuesta. Sí, como otros aseguran, es de un desconocido, quizá de un pretencioso émulo del arte del propio cretense, la segunda interpretación vendría a dar hábilmente énfasis a esa, al parecer, pedante altivez del personaje en cuestión.

Convengamos en que en la mayoría de los asuntos tratados por «El Greco» no había lugar ni motivo para risas y sonrisas. Mas, si fué España la que, con su ambiente y reclusión en la ascética Toledo, le inclinó a tales temas de tesitura triste, no debemos olvidar su estancia en Italia, que tanto influyó en él al principio. Y, no obstante, ni aquel amor venecia-

no por la pompa, la sensualidad y la alegría pagana de vivir, ni la fecundidad con que sus maestros, «El Tiziano», Tintoretto, Clovio, plasmaban esa exuberancia vital y reidora, lograron someterle en este aspecto.

En sus reproducciones de primera época, ricos aun la composición y los coloridos cálidos, tampoco hallamos risas ni sonrisas.

Es decir, salvo una excepción. De esta época es la única risa digna de tal nombre, en toda la pintura de «El Greco».

Es la de un hombre de pueblo que mira cómo un muchacho, ayudado por un mono, sopla para encender una velita.



RETRATO DE JORGE MANUEL THEOTOCOPULI, HIJO DE «EL GRECO», regalado al Museo de Sevilla, por los Duques de Montpensier.

EL SOPLON ENTRE UN HOMBRE Y UN MONO, que se halla en la Colección de Wiesbaden.



Es una risa burda, simiesca.

Parece como si «El Greco» hubiera querido dar mayor expresión humana al gracioso simio que al hombrón que ríe sus gracias.

Otra risa encontramos en un sayón del «Expolio», pintado para el cabildo de la Catedral de Toledo y conservado en su sacristía.

Más que risa es una mueca brutal, donde palpita la bestialidad de un anticipado gozo sanguinario.

Tras esas dos muestras, las sonrisas aparecen y desaparecen furtivamente en la obra total.

Si florece suavísima sobre la cara virginal de Santa Inés, a las plantas de la Madre de Dios, en el cuadro que, procedente de la capilla de San José en Toledo, fué a parar a la colección Widener, de Filadelfia, la vemos marchitarse señorilmente en el famoso San Bernardino de Sena, como si con ella el santo quisiera esbozar su poética indiferencia franciscana ante las pompas del mundo y de la jerarquía

«El Greco», exaltador supremo del espíritu, no se contentaba con engazarlo a veces con sonrisas sobre los labios. El quiso ir más allá. Quiso plasmar la sonrisa a flor de ojos, y lo consiguió magistralmente. En la faz enjuta, enajenada y al par introvertida, del Obispo de Toledo, San Ildefonso, «El Greco» concentró la más sutil, íntima y rendida de las sonrisas. Es tan fina, tan inaprehensible, que apenas parece humana, y, sin embargo, en aquellos ojos, extasiados ante la imagen de la Virgen María, en aquella boca cuyas comisuras se inclinan, como tributando pleitesía de adoración, está latiendo todo el poema espiritual de gratitud y amor de aquel santo varón a quien la Virgen revistió con su gracia inspiradora y con la inconsútil casulla, en premio a que él fué siempre «de la Gloriosa, amigo natural».

A cambio de esa inspiración y ese milagro, San Ildefonso, mientras brinda su inteligencia y su vida en escrita defensa, copiosa y férvida, de la Virgen, le ofrece, a través del genio de «El Greco», la sonrisa del alma...

Y, sin embargo, ante la escasez casi absoluta de sonrisas en su obra, habrá quien afirme que faltan acaso porque, aparte los demás factores apuntados, «El Greco» no sabía pintarlas.

Aceptamos el hecho de su carencia, pero negamos esa motivación.

«El Greco» sabía y pintaba cómo y cuanto era su deseo.

Con que sólo hubiese logrado la maravilla del rostro de San Ildefonso, la culminación de su sensibilidad y maestría sería indiscutible.

No es, pues, ésa — a nuestro humilde entender — la explicación.

De temperamento trágico, arrebatado por la llama viva de amor y original hasta el delirio, «El Greco», en sus contados asuntos risueños, despreció la risa por corpórea y usó la sonrisa, o cuando la juzgó indispensable para la exteriorización espiritual, o cuando quiso mostrar que podía pintar el alma misma a través de ella, como en el cuadro del santo Obispo de Toledo.

Pero en la mayoría de las veces, en lugar de subrayar estados anímicos mediante la sonrisa, según casi todos los pintores, recurrió a un medio más difícil, más extraordinario.

Prefirió y le bastó con la gracia alada de las manos, las cuales, pintadas por él, son, cuando la ocasión así lo requiere, blancas sonrisas fugaces, que cruzan como exhalaciones sobre el dramático y angustiado fondo de sus cuadros.